

JUAN A. GALLARDO RUIZ



EL CONCEJAL
O
LA IMPRUDENCIA DEL DESTINO



PRIMERA PARTE

Del nacimiento y otros hechos

Podría empezar diciendo dónde nací, y después de pensarlo, he decidido que lo haré, pues si de mi vida quiero hablar, bueno es que sepáis dónde empieza.

Verano, en el cielo no se divisaba nubarrón alguno, estaba limpio, claro y completamente azul, claro todo el firmamento, ni el más mínimo borrón en el cielo, hacía calor.

En las casas de los pueblos rurales no existía, en un principio, agua corriente, por ello era necesario traer el agua en cántaros desde la única fuente de agua potable y que la llamábamos fuente de agua fina. Los cántaros eran de barro pues resultaban más económicos que los cántaros de latón, que también los había y solían tener un tamaño medio para un mejor transporte en la cabeza o en el cuadril. Si había que traer mucha agua por alguna otra circunstancia, se hacía mediante el burro cargando las aguaderas con capacidad para cuatro cántaros; es obvio que resultaba más rápido y cómodo.

Generalmente, en las casas había un pozo, pero el agua que tenía era más basta y no estaba adecuada para el consumo humano; no obstante, se utilizaba para dar de beber a los animales cuando volvían de las faenas del campo.

Tampoco existía el frigorífico, ni las cervezas o refrescos para poder refrescarte en un momento concreto. Se utilizaba a tal fin una cesta de mimbre que se colgaba en el pozo para enfriar la bebida y, cuando acababas de meter el grano en el doblao, era cuando aprovechabas para refrescarte. La esposa era la encargada de dicha tarea.

La noche anterior, mi madre detectó que había poca agua en la casa, que la orza estaba casi vacía, era necesario repostar, pero no tenía muchas fuerzas ese día, máxime en el estado que se encontraba. En aquella época no existían los grifos, tan solo se disponía de un pozo que se utilizaba para dar de beber a los animales, fregar los suelos de la casa y como mucho para pasar un trapo húmedo por la mesa y las sillas de la cocina o las del cuerpo de casa.

Había, en el pueblo, una fuente de agua fina y otra fuente de agua basta, en una zona del pueblo que llamábamos el pilar.

Hacia las cinco de la madrugada, una mujer con dos cántaros se acercaba a la fuente para recoger el sustento de agua de ese día. Acarreaba el agua con dos cántaros de barro, uno lo llevaba sobre la cabeza y el otro en el cuadril.

En el último viaje solo pudo llevar un cántaro, pues no se encontraba con fuerzas para llevar los dos; el segundo se lo acercaron a casa unas vecinas que igual que ella intentaban de llenar la orza con el agua fresca de la mañana.

Ya se divisaba la claridad del día, cuando una vecina de la mujer la vio en su andar fatigoso y pudieron comentar entre sí:

—Creo que esta mañana no terminas de traer el agua.

—Ya lo he pensado, me queda un cántaro que traer y parece que no va a llegar a casa por mis medios.

Al lado de la fuente del agua fina, había un pilar con dos caños de entrada y uno de salida que en su caída generaba un pequeño arroyuelo que moría en el río. En este pilar abrevaban las bestias y el ganado, cuando su uso era poco, se distinguía un color verdoso sobre la superficie que, lentamente, salía por el caño último, formando ese arroyuelo que viajaba hacia el río, dejando a su derecha el Castillo Montalbán.

Los más pequeños jugaban con el agua del pilar, salpicándose unos a otros o depositando los barquitos de papel para verlos avanzar en el agua.

Los mayores arrojaban al novio al pilar en la noche de despedida de soltero, después de haber corrido grandes cantidades de cerveza y vino. Si no se realizaba esta tradición, parecía que faltaba algo en el momento de la ceremonia nupcial. También es cierto que esta tradición solo se aplicaba si el novio era forastero, y por serlo le correspondía, al menos, pagar la primera ronda de bebidas.

La mujer estuvo descansando un rato en su casa, pero no pudiendo más, llamó al hombre y le dijo: «Avisa a mi madre y hermanas, yo me voy a acostar, no me encuentro bien».

No pasaron cinco minutos cuando alrededor del lecho se encontraba su familia. Así, de pie, sin sentarse, permanecieron unos segundos. Empezó a quejarse la mujer, sentía mucho dolor, como si algo se estuviera desprendiendo de sus entrañas. Seguía quejándose, era insoportable aquello. El hombre no podía permanecer sentado, fuera de la habitación, paseaba.

Poco tiempo pasó, pero se asemejó a una eternidad. Al fin la mujer sonreía y con las manos levantadas, imploraba ver a su hijo.

Seguía paseando muy nervioso. Su suegra lo aplacó diciendo: «Es un niño muy hermoso», o le puso más nervioso aún. Quería ver a su hijo, quería ver lo que habían traído al mundo, su segundo hijo. En aquellos momentos todo era alegría en la familia, eran las ocho menos cuarto de la mañana de un día caluroso.

El hombre celebró con sus familiares y compañeros la venida del pequeñuelo.

El hermano del recién nacido con sus dos años saltaba y brincaba de alegría al tiempo que preguntaba: «Abuelita, ¿por dónde ha entrado la cigüeña, que no la he visto?».

Yo nací de pie, seguía preguntando quién era yo, mi padre le apuntaba: «Es tu hermano» y que se lo encontró en el molino. «¿Y por qué no me has traído una hermanita?». «También había una niña», dijo el padre, «pero este pequeño estaba llorando y tenía frío, se me quedó mirando con esos ojitos que parecían decirme y ¿por qué no me llevas a mí?».

Hasta varios años adelante, mi hermano decía que él era nacido y yo encontrado, hasta que mis padres le sacaron de su ignorancia. A mí no me molestaba aquella situación, tal vez porque podría haber sido encontrado, aunque lo importante era que estaba con mis padres.

Mi madre se casó tarde, con una edad avanzada para aquella época, demasiado mayor y le dijeron que no podría tener familia y, sin embargo, cuando nací yo, ya tenía un hermano.

Según me contaron, su novio tuvo que marchar a la Guerra Civil española de 1936 donde encontró la muerte. Cuando se casó tenía 36 años, y lo hizo con un hombre maravilloso, extraordinario, callado, juicioso, respetuoso con los derechos de los demás, trabajador, defensor de la justicia y defensor, a ultranza, de su familia de la que estaba orgulloso.

Mi padre era labrador, trabajaba la tierra y estaba deseoso de terminar la jornada, sin horario, para poder ver a su familia. La persona que ejerce la profesión de labrador no dispone de un horario para su trabajo, depende de cómo se desarrollen las actuaciones de la labor y el propio tiempo le permita. Si estás realizando la siembra, no puedes dejar de trabajar porque haya llegado la hora según tu entienda, teniendo, además, el morral casi lleno, más de medio de la semilla pendiente de sembrar, o dejar de amontonar las aceitunas que ya tienes en la manta para recoger, debes terminar con ese tramo de la labor y después te marchas a casa.

Le llamaban en el pueblo el Molinero, porque hasta que se casó, trabajó con un tío suyo, desde los 6 años en el molino. Al molino, le llamaban el Molino Blanco y tenía tres piedras para machacar (moler) el grano —trigo y cebada—, aunque mi padre prefería moler solo trigo, pues la molienda de la cebada daba más quebraderos de cabeza a la hora de limpiar la piedra. Si podía, evitaba moler cebada.

Mis padres siempre nos quisieron dar estudios, tanto que la tierra la labraba él solo y cuando iba al campo subido en el mulo, la gente que le adelantaba o se cruzaban con él, siempre pensando que

no los oía, decían: «Mira ese buen hombre, teniendo dos hijos y él solo labra la tierra, y dedica su vida a su trabajo, sin ayuda alguna».

Mi padre era un poco sordo, pero aun en esos caminos oía lo que decían sus vecinos, aunque él nunca les hizo creer que los escuchaba. Sabía lo que estaban diciendo.

No obstante, quiero recordar que en la época de vacaciones le ayudábamos en todo lo que podíamos, zachábamos —palabra usada en mi tierra, aunque en realidad se escriba sachábamos— el suelo para airear la tierra y dar mejor funcionamiento a los melones y sandías, segábamos (aunque poco), vareábamos y cogíamos las aceitunas, extendíamos la parva, o sea, los haces de grano para proceder a la trilla, recogíamos el grano y lo llevábamos hasta el doblao en la casa, ayudábamos a meter la paja en el pajar, es decir, de todo lo que se puede hacer en labranza, excepto arar. Nunca nos dejó de arar porque decía que no sabíamos hacer los surcos derechos, y añadía: «Vosotros en la escuela escribiréis bien, pero este renglón es mío».

Recuerdo haber ido con mi padre, a primera hora de la madrugada, las dos de la noche, en el carro con uno de mis tíos, a la finca de El Palazuelo para recoger el tomate y llevarlo a la báscula para su venta. Daba pena comprobar que un tomate tan sano y hermoso solo se pagara a una peseta y setenta y cinco céntimos el kilo. Mi padre no disponía de carro, por lo tanto dependía de los carros de dos de mis tíos, que sí tenían carro, para hacer uso del mismo, es decir, para llevar la mercancía a la báscula, para recoger la paja de la siega y trilla o para recoger el grano cuando era abundante; de lo contrario lo transportaba en el mulo que se llamaba *Pololo* y la yegua, a ella no le dimos nombre alguno, pero era muy altanera y hermosa, por eso, mi padre la cargaba muy pocas veces y, si lo hacía, era con un solo costal de grano.

En cierta ocasión, aprovechando unas vacaciones, me encontraba en esta finca, la del Palazuelo. Era verano. Me acerqué hasta el río para dar de beber a la burra propiedad de otro de mis tíos. Montado

en ella, a pelo, me iba resbalando hacia adelante y cuando llegábamos a la orilla, la burra aligeró la marcha porque tenía sed y yo seguía resbalando con el temor de que podía caer al río y sin saber nadar. Tomé una rápida decisión: arrojarme al suelo con tan mala suerte que me rompí el brazo izquierdo. Tuvimos que marcharnos a casa y mi padre iba enfadado porque le había interrumpido su tarea.

En otra ocasión y siendo la Noche de San Juan, estando alrededor de la hoguera, los niños nos pusimos a jugar «al paso la feria». Consistía en agacharse y los demás saltaban sobre cada uno, poniendo las manos de apoyo en la espalda del otro. Una de las veces que tenía yo que saltar, lo hice sobre uno de los participantes, «El Balín». Justo en el momento de apoyar las manos, se agachó y fui a apoyarme sobre el suelo. El brazo roto aún no estaba curado y se volvió a romper. Esta vez tomó forma de sierra, ondulado y cuando mi padre lo vio me dijo. «No se te ocurra llorar», lo decía porque me había vuelto a romper el brazo jugando. Mi madre me consolaba y me susurraba que obedeciera a mi padre.

No obstante, y a pesar de haberme roto el brazo en dos ocasiones, no me dejó secuela alguna.

Me llevaron a casa del practicante, le llamaban el tío bigote. Me cogió con su mano la mía a la altura de la muñeca y la otra sobre mi pecho empujando con intención de enderezar el brazo, y lo consiguió. El brazo quedó derecho y sin curvas, tanto que no se me notaba el hueso pequeño de la muñeca. Eso sí, dolerme me dolía, pero ya habéis escuchado a mi padre: «ni se te ocurra llorar».

Recuerdo dos frases, entre otras, de mi padre que siempre las llevo grabadas, y que no puedo olvidar aunque lo intente. Decía cuando nos acercábamos al olivar, cuidado y nunca lo hagáis «era» y yo pensaba que cómo podía hacer era un olivar pues no podía extender la parva para trillar. Viéndonos confusos y sin saber qué hacer, nos aclaró que se refería a que nunca lo vendiéramos, porque así pasaría a ser «era».

En otra ocasión nos decía que prefería vivir cien veces con el régimen del momento que con los políticos, y nos aclaraba que son la peor maldad que el hombre puede tener en esta vida. Se venden a cualquiera por conseguir sus fines. Debo explicar que cuando decía esta última frase, no se refería a que quisiera que hubiera otra contienda civil, por el contrario, hacía ver lo irresponsables que son los políticos y el mal que hacen y dejan en la sociedad, teniendo en cuenta que aún estábamos en una dictadura y no tenía materia para pensar así. Debo de entender, por otro lado, que se refería a los políticos de otras naciones cuando escuchaba el «parte» radiofónico en casa de algún vecino o dialogaban entre ellos tratando de explicarse cuál era el funcionamiento de otros países.

Había una tercera frase o regla y que decía así: «El ladrón, cuando va a robar a algún sitio, lo primero que debe saber es cómo va a salir». Nos ponía este ejemplo para darnos a entender que no hay que meterse en charcos o líos si no sabes lo que estás haciendo o cómo vas a salir de él.

Cuando me bautizaron, me pusieron de nombre Samay, al menos así reza en los documentos oficiales, aunque todo el mundo me nombraba por su diminutivo.

Mi pueblo natal es un pequeño pueblecito rural, situado al suroeste de la nación, en la comarca llamada de la Calma, y rodeado de otras poblaciones de mayor rango, inclusive con juzgados centrales.

Antiguamente se denominaba Aureliana, nombre que le dieron los romanos y que significaba «a orillas del Ana». El nombre del río cambió con la invasión de los árabes, llamándose Guadiana, nombre que permanece hasta el día de hoy, al menos esa es la versión más popular. Es un pueblo de unos cuatro mil habitantes situado a orillas del río Guadiana, que con su pantano da electricidad hasta Portugal y remansa agua para el riego de lo que se constituyó como «Plan de Regadío de Badajoz».